

4º D. CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 9,1-41.

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo:

-- Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).

Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: -- ¿No es ése el que se sentaba a pedir?

Unos decían: -- El mismo.

Otros decían: -- No es él, pero se le parece.

Él respondía: -- Soy yo.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos.) También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: -- Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

Algunos de los fariseos comentaban:

-- Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.

Otros replicaban: -- ¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego:

-Y tú ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?

Él contestó: -- Que es un profeta.

Le replicaron: -- Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?

Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo:

-- ¿Crees tú en el Hijo del hombre?

-Él contestó: -- ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

Jesús le dijo: -- Lo estás viendo: el que te está hablando ése es.

Él dijo: -- Creo, Señor.

BUSCAR LA LUZ DE CRISTO

Los milagros de Jesús son siempre hechos que tienen un significado, hechos que iluminan el camino de la vida. Son como palabras visibles. El milagro de la curación del ciego de nacimiento es un ejemplo. No trata únicamente de la curación que Jesús hace a un pobre hombre sino del relato de unos hechos que ponen de manifiesto la «verdad de Jesús», el mensaje que debemos escuchar.

El evangelista Juan desarrolla con un lenguaje dramatizado que «la luz vino al mundo y las tinieblas no la recibieron». «Jesús es la luz del mundo» y todos los que no quieren ver la luz del mundo son «tinieblas». Entre la luz y las tinieblas no hay reconciliación posible.

Todos somos ciegos de nacimiento y necesitamos ver. Escasamente vemos la superficie de las personas, de las cosas y de los acontecimientos y no vemos su verdadera y profunda realidad. Se diría que «la persona mira las apariencias, pero Dios mira el corazón». El corazón de la vida se nos escapa siempre. Nos creemos lúcidos, pero somos ciegos y esta es la peor ceguera. No saber que estamos ciegos y que necesitamos luz. Somos mendigos de la luz.

Pero esto, más que un pecado, podríamos decir que es un estado de «carencia». Pecado sería la mentira, la mala fe, la obcecación, la incredulidad, pero no la simple ceguera. El que comete pecado es el que se resiste a la luz, el que es ciego por voluntad. Y este es el pecado del mundo. El hombre moderno no se resigna a aceptar el misterio de la vida, el misterio de Dios, pero éste está presente como una experiencia constante.

El ser humano se ha ido abriendo camino en la historia tratando de iluminar su existencia con su «razón». Y ciertamente ha dado pasos gigantescos. La humanidad ha ido acumulando muchos datos y ha desarrollado técnicas poderosas para dominar el mundo y la vida.

Pero la razón es una luz que nos deja todavía en las tinieblas. «*La razón puede explicarlo todo menos a sí misma*». Se diría que el hombre lo puede conocer y dominar todo, pero «*no puede conocer y dominar ni su origen ni su destino último*».

Somos ciegos de nacimiento, pero no todos somos tinieblas. La persona que quiere ver y reconoce su ceguera ya «*comienza a ver algo*». Es en este horizonte donde se sitúa el creyente. No como alguien que pretende «*ver y explicar el enigma último de la existencia*», sino como «*un ciego que busca la luz, que se deja iluminar por Jesús y se atreve a enfrentarse con confianza al misterio de la vida porque cree en un Padre*».

Juan describe este proceso en el Evangelio de hoy. La curación del ciego es progresiva. Primero ve a los hombres, después verá a Jesús. Luego reconocerá a Jesús como profeta. A continuación lo verá como Mesías y finalmente dará testimonio de Jesús sufriendo persecución por Él. «*Su vista se ha ido clarificando en la lucha*».

Los que no quieren ver también progresan en su ceguera y poco a poco llegan a la «*obcecación*». Es más fácil buscar satisfacciones inmediatas que enfrentarse responsablemente a la vida. Mientras el ciego relata la experiencia de su curación los que no quieren ver se fijan en las circunstancias, en el sábado que se cita en el Evangelio.



«*Les interesa más el sábado que la persona*», les interesa más su orden que el bien. Desde sus prejuicios «*juzgan, desfiguran los hechos, amedrentan y condenan*». Porque para ellos no es admisible el bien fuera del orden. Y ellos se consideran los defensores del orden.

¡Qué difícil es que vean los que no quieren ver, los que presumen de ver, los que creen que no hay más luz que la de sus ojos, los que no saben dudar ni preguntar! Especialmente difícil es que vean los que aman mucho más su prestigio que la verdad, los que poseídos de su autoridad pretenden exigir obediencia ciega.

Son «*ciegos que se constituyen a sí mismos en guías de ciegos*» hasta llegar a «*perseguir*» a los hijos de la luz. Todos los que se empeñan en juzgar el bien desde su legalidad y no cuestionan nunca su legalidad desde el bien, son tinieblas. «*No ven, no quieren ver y no dejan ver*».

Aunque en todos nosotros haya zonas oscuras, quizás por «*miedo a la luz de Cristo*», la luz y las tinieblas no dividen a las personas en buenas y malas. Pero, ¡ay de aquél que considere ser únicamente luz y sólo luz! No olvidemos lo que les dice Jesús a los fariseos, «*si fuerais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís, vemos, vuestro pecado permanece*». ¡Busquemos pues la luz de Cristo! ». ¡Que así sea!